

Recordando a Bloch

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ
UNED y FIM



El recuerdo actual de la filosofía de Ernst Bloch tiene que destacar como central en su obra el esfuerzo por elaborar una ética fundamentada en una ontología entendida como una filosofía de la naturaleza. Dicha filosofía de la naturaleza tendría como categoría central la categoría de materia entendida como posibilidad. Es importante destacar el esfuerzo blochiano por fundamentar la ética en una filosofía de la naturaleza, ya que esta es su principal originalidad dentro del campo marxista (y no solo dentro de dicho campo). Si se reduce la obra de Bloch a sus elementos éticos utópicos, coloreados kantianamente además, y se relega como un elemento accesorio o, peor aún, como nocivo su filosofía de la naturaleza, nos limitamos a añadir otro nombre a la larga lista de éticos kantianos, cada vez más abundante por cierto, y eliminamos toda la originalidad del intento del filósofo de Tubinga. Bloch, al igual que su temprano amigo G. Lukács, se esfuerza en poner en la base de la ética una ontología materialista que, si en el filósofo húngaro se configura esencialmente como «una ontología del ser social», en el filósofo alemán dicha ontología de la sociedad se prolonga en una filosofía de la naturaleza.

Comencemos, pues, a desentrañar los misterios del principio «materia» en nuestro autor. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la noción de materia que defiende Bloch no es la del pensamiento espiritualista, idealista, que considera que todo lo activo dinámico pertenece al espíritu y que la materia es un mero elemento pasivo, un substrato que recibe su determinación del exterior. El materialismo de Bloch, como por otra parte el de Marx, retoma el lado positivo del idealismo, es decir, el hincapié que hace en la actividad del sujeto; pero, al mismo tiempo, radica este sujeto en la realidad material, una realidad material no escindida entre una materia amorfa e inerte y un espíritu desencarnado activo, sino una materia rica y pluriforme que contiene



en sí misma el espíritu como su lado activo. La noción de materia en Bloch es una noción de tipo cualitativo, y en ese sentido, nuestro filósofo se sitúa más en la tradición de Goethe que en la de Newton. Su noción de materia procesual dinámica, dialéctica, lo coloca en una tradición que pasa por la filosofía de la naturaleza romántica y Schelling y que llega hasta Marx y Engels, iluminando de cierta manera las concepciones engelsianas del materialismo dialéctico. Una materia abierta, no clausurada, que no está plenamente dada sino que se prolonga en un horizonte utópico que se puede vislumbrar en el arte y en la acción revolucionaria. La materia blochiana es una «materia hacia adelante» que sirve de substrato a lo posible objetivo-real en general; una materia sublime que contiene de manera latente la patria, el *últimum*. Esta materia cualitativa y activa presenta unas latencias y unas tendencias. La tendencia es «la energética de la materia en acción», la dirección que va tomando la materia en su desarrollo, mientras que las latencias son las posibilidades que duermen encapsuladas en el seno de la materia esperando la oportunidad para hacerse presentes. Las categorías en que se expresa este carácter abierto y utópico de la materia son las de *frente*, *novum* y *totum*. El *frente* es el nivel más alto alcanzado por la materia en un momento determinado. El *novum* alude al carácter creativo de la realidad, a la emergencia continua de formas inéditas de la materia. El *totum* expresa el carácter utópico de un estado final y último hacia el que avanzaría la materia en su conjunto.

La noción de materia que emplea Bloch se inscribe en una confluencia de varias tradiciones que el propio autor ha intentado describir en dos de sus obras, *Avicena y la izquierda aristotélica* y *El problema del materialismo, su historia y su substancia*. En la noción blochiana de materia confluyen, además de la izquierda aristotélica, el organicismo de Goethe y su teoría cualitativa de la materia, así como tradiciones esotéricas como el gnosticismo y la cábala, ambas teñidas de neoplatonismo. La noción cualitativa de materia que tiene Bloch nos obliga a considerar qué sentido tiene seguir utilizando dicha noción en la filosofía hoy. Pensamos que dicha noción tiene dos usos fundamentales: uno crítico y otro trascendental. Como respuesta a los críticos que reprochan a los que usan la noción de materia que esta no tiene cabida en la ciencia o que la misma no sería una noción definida, ya que depende de las concepciones científicas de cada momento, podemos responder que, en efecto, nadie tiene nunca una idea acabada del mundo, ya que el mundo mismo nunca está acabado, ya que es una realidad procesual; así como que los científicos se enfrentan con aspectos distintos, siempre parciales y cambiantes de la materia, y por ello no necesitan un concepto único de la materia, que sería filosófico y no científico.

El enfoque materialista es una posición ontológica que no predetermina lo que es la materia, sino que afirma que lo dado, sea lo que sea, será material. M. Bunge, por ejemplo, define la materia como un conjunto, como «la colección de los objetos pasados, presentes y futuros», y, en ese sentido, la materia

no es un objeto, no existe como los objetos, porque es un conjunto y los conjuntos no existen como lo hacen los objetos que constituyen sus elementos, ya que son constructos matemáticos. Por su parte, otro ilustre filósofo materialista, el profesor Gustavo Bueno (cuyo importantísimo legado filosófico no podemos abandonar en manos de la extrema derecha), defiende un uso trascendental de la idea de materia y distingue entre el sentido ontológico general y el sentido ontológico especial del materialismo. El materialismo, para Bueno, consiste esencialmente en la crítica a la tesis de la unicidad del ser, y, por lo tanto, la idea de materia (en el plano ontológico general) es la «idea de la pluralidad indeterminada, infinita, en la que “no todo está vinculado con todo”». La noción de materia en este sentido es obtenida mediante el *regressus* a partir de los tres géneros concretos de materialidad existentes, correspondientes a los cuerpos físicos, a las realidades psíquicas y a los constructos mentales. Es una noción trascendental, condición de posibilidad de las materias concretas, obtenida a su vez a partir de estas mismas. El propio Bloch, en su libro sobre Hegel, insiste sobre el carácter plural y múltiple de la materia: «La materia tiene muchas moradas en su casa, entre ellas algunas *potentialiter* incluso especialmente acogedoras, pero que sencillamente aún no están acondicionadas». Bloch destaca que el mismo Hegel reconoció a la tradición materialista su esfuerzo entusiasta. El otro aspecto del materialismo es su actitud crítica, actitud que le lleva a apostar por el immanentismo radical que afirma que todo lo que hay son objetos materiales o relaciones con objetos materiales. Esta actitud exige la reconciliación con la finitud, con la precariedad y caducidad propias de lo humano, y en este sentido el materialismo es una crítica implacable y radical de todo teísmo y de toda teoría que afirme un final feliz. En este sentido, el materialismo sobrio y austero aquí propugnado choca con el desbordamiento utópico de Bloch y sus nociones de *patria* y de *ultimum*, retomados de la tradición teológica. Para Bloch, el dinamismo de la naturaleza no es incompatible con la consecución de un estado final, último, estado en el que se producirá la reconciliación, la armonía entre el sujeto y el objeto, en una identidad final. Nosotros pensamos que un materialismo consecuente no es compatible con la idea de la reconciliación final entre el sujeto y el objeto. Podemos utilizar tecnologías blandas, no destructoras de la naturaleza, podemos tener un desarrollo sostenible por dicha naturaleza, pero no podemos diluirnos en ella en un proceso de fusión que solo podría ser místico. Solo un pensamiento espiritualista puede defender esto, porque los espíritus se funden entre sí, pero la materia es *partes extra partes* y no permite la fusión total.



Podemos recordar ahora la interpretación que nuestro autor da del marxismo, estableciendo una dualidad entre una corriente cálida y una corriente fría



del mismo; creemos que, aunque ambos lados son necesarios para un marxismo consecuente, la originalidad de Marx se encuentra precisamente no en la indignación moral que le producía el capitalismo y el deseo vehemente de transformarlo, sino en la elaboración consciente y reflexiva de una teoría capaz de comprender racionalmente lo que se quería transformar. El lado frío del marxismo analiza las posibilidades del momento, mientras que el aspecto cálido aporta el necesario entusiasmo para la transformación social, debido a que tiene presente el último término posible, el horizonte utópico. Bloch retoma aquí una distinción aristotélica, adecuándola a sus propósitos: la distinción entre el ente-según-posibilidad, que serían las condiciones concretas actuales de la realización posible, analizadas por el lado frío del marxismo, y el ente-en-posibilidad, que sería el seno de profundidad del que surgen todas las configuraciones del mundo, es decir, la apertura hacia el *totum* que sería la base del entusiasmo aportado por el lado cálido del marxismo. Lo que en este momento puede lograrse es el objeto de la interacción analítica con el mundo, el objeto del marxismo frío, el aspecto del marxismo como inengañable. En cambio, el aspecto cálido se basaría en las expectativas fundamentadas de alcanzar el objetivo final, y produce el entusiasmo, con lo que este aspecto sería el indesilucionable del marxismo. En el marxismo, como nos recordó Manuel Sacristán, confluyen pues dos elementos: el elemento analítico, científico, y el elemento revolucionario; si el primero nos lleva a no engañarnos, el segundo, el elemento utópico, nos impide desnaturalizarnos.

Concluimos aquí recordando que, aunque el entusiasmo pueda faltar, y la situación actual no concede asidero fácil a la esperanza, el análisis de la situación presente y la búsqueda incesante de fisuras en el pétreo muro de la realidad permanece como exigencia continua para todo aquel que no se resigne a capitular ante lo dado. ★

Bibliografía

- BLOCH, E. (1977a): *El principio esperanza*. Madrid: Aguilar.
- (1977b): *Avicena y la izquierda aristotélica*. Madrid: Ciencia Nueva.
- (1982): *Sujeto-Objeto. El pensamiento de Hegel*. Madrid: FCE.
- GIMBERNAT, J. A. (1983): *Ernst Bloch. Utopía y esperanza*. Madrid: Cátedra.
- GÓMEZ-HERAS, J. M. (1977): *Sociedad y utopía en Ernst Bloch*. Salamanca: Sígueme.
- JAY, M. (1984): «E. Bloch and the Extension of Marxist Holism to Nature», en *Marxism and Totality*. Berkeley: Univ. of California Press.
- PÉREZ DEL CORRAL, J. (1977): *El marxismo cálido: Ernst Bloch*. Madrid: Mañana.
- RAMOS, V. (1985): «Moral y utopía en Bloch», en *Sistema*, n.º 64, enero.
- (1992): *Utopía y razón práctica en Ernst Bloch*. Madrid: Endymion.
- VV. AA. (1979): *En favor de Bloch*. Madrid: Taurus.
- (1979): «Ereditá de Bloch», en *Aut-Aut*, n.º 173-174, septiembre-diciembre.